

ENTRE HOMÍNIDOS Y ELEFANTES

Un paseo por la remota
Edad de la Piedra

Ma Ángeles Querol y Alicia Castillo

Ilustraciones: Gallego & Rey



MUSEO
ARQUEOLÓGICO
REGIONAL



FUNDACIÓN




Comunidad de Madrid
CONSEJERÍA DE LAS ARTES

DOCE
CALLES

© de los textos: Angeles Querol y Alicia Castillo
© de los dibujos: Gallego y Rey/Museo Arqueológico Regional
© de la presente edición: Museo Arqueológico Regional de Madrid
Ediciones Doce Calles, s.l.

ISBN: 84-9744-006-4

D.L.: M. 42.854-2002

Editado por: Ediciones Doce Calles, s.l.

Diseño: Gráfica Futura, s.l.

Maquetación, Composición y Control de Producción: TÁVARA, s.l.

Fotomecánica: Sincrotec, s.l.

Impresión: Gráficas Muriel, s.a.

Encuadernación: Ramos, s.a.

Me llamo Susana y soy arqueóloga. Vivir y trabajar como tal en nuestras tierras no es fácil, pero sí es posible. Estudié la carrera de Historia, porque aún no existe la de Arqueología, y elegí todas las asignaturas optativas de Arqueología que pude. Luego comencé un doctorado en Arqueología prehistórica, porque lo que más me interesa es la primera parte de la Historia de la humanidad, esa etapa que siempre se ha denominado “Paleolítico” dentro de las aulas, y “Edad de la Piedra” fuera de ellas.

Mientras estudiaba, formé parte de algunos equipos que investigaban yacimientos arqueológicos de época muy antigua, y aprendí así lo lejos que se encuentra la Arqueología prehistórica actual de las aventuras románticas que nos enseñan las películas y las novelas sobre el tema. No es que este trabajo no sea emocionante, que lo es, sobre todo si eres capaz de permanecer horas y horas de rodillas, inclinada sobre el suelo, raspando la tierra apelmazada con un cuchillito, barriéndola con una brocha de pintar y depositándola en un recogedor de plástico para después introducirla en un cubo del mismo material.

Para hacer eso lo primero que hay que tener es paciencia y perseverancia. A veces entre la tierra raspada comienza a aparecer, por ejemplo, un hueso; o tal vez una pequeña piedra tallada, o un percutor redondo y grande. En todos los casos eso significa emoción: hay que identificar la pieza sin levantarla, dibujarla y fotografiarla, señalar su posición en el cuaderno o en el ordenador... pero esto que os estoy contando es lo fácil, la parte sencilla de la investigación de un yacimiento arqueológico de época paleolítica. Lo verdaderamente difícil, lo que justifica que si quieres ser arqueóloga o

arqueólogo tengas que estudiar tantos años y tantas materias, tiene que ver con las razones, las explicaciones y las interpretaciones. Porque veréis: la cantidad de yacimientos arqueológicos de las épocas más remotas que existen en nuestros suelos es muy pequeña. Hay que proceder con infinito cuidado porque se trata de bienes no regenerables, de bienes en verdadero peligro de extinción: cada vez que una obra destruye alguno de estos yacimientos sin que haya sido excavado, lo perdemos para siempre. Cada vez que excavamos alguno con metodología arqueológica, lo destruimos también, al menos en parte, pero por lo menos obtenemos conocimiento histórico. Hoy somos conscientes de que sólo se puede o se debe excavar uno de estos yacimientos cuando se tienen equipos y medios apropiados; y si no se tienen, lo mejor es reservarlo para el futuro, sabiendo dónde está e impidiendo que se destruya.

Hace algunas décadas, la Arqueología se consideraba como una de las Bellas Artes: una afición de personas ricas y desocupadas que almacenaban objetos preciosos y antiguos. Hoy, las cosas han cambiado mucho. Para empezar, los bienes arqueológicos, sean lo antiguos que sean o lo

valiosos que sean, son de dominio público, es decir, que han de ser disfrutados por toda la sociedad incluso aunque se encuentren en propiedades privadas. Y por otro lado, la finalidad de la Arqueología moderna no es el coleccionismo, sino construir la Historia, conocer cómo vivían y morían las gentes del pasado analizando sus restos, interpretándolos, reconstruyéndolos.

Y eso es muy difícil: tienes que conocer bien la Historia tal y como se conoce ahora y tal y como se ha conocido en el pasado; has de estudiar Filosofía y Antropología para comprender las relaciones que pueden existir entre los grupos humanos y su entorno en condiciones económicas y climáticas distintas a las nuestras; tienes que saber algo de Estratigrafía y de Paleontología para entenderte con las personas especialistas en estos temas que formarán parte del equipo de trabajo. Has de estar al día en un montón de técnicas analíticas que cada vez son más sofisticadas, a tal punto que existen personas que se especializan sólo en una o dos de ellas: la Palinología y sus muchos derivados, todos los procedimientos de la Arqueología experimental, los análisis de las huellas de uso en las piedras talladas y en los huesos, los distintos y complejos sistemas de datación, cómo y en qué se utilizan...

En todo eso me hubiera gustado investigar; lo que ocurre es que la vida suele ser más exigente que los sueños y no tuve más remedio que abandonar mi especialización y trabajar en Arqueología preventiva, porque no conseguí ninguna beca y necesitaba dinero para mantenerme. Me di de alta como arqueóloga autónoma y me colegié en la sección de Arqueología del Colegio de Doctores y Licenciados, apuntándome a su bolsa de trabajo. Todo eso lo pude hacer porque tenía la licenciatura de Historia y bastante experiencia en Arqueología de campo y de laboratorio.

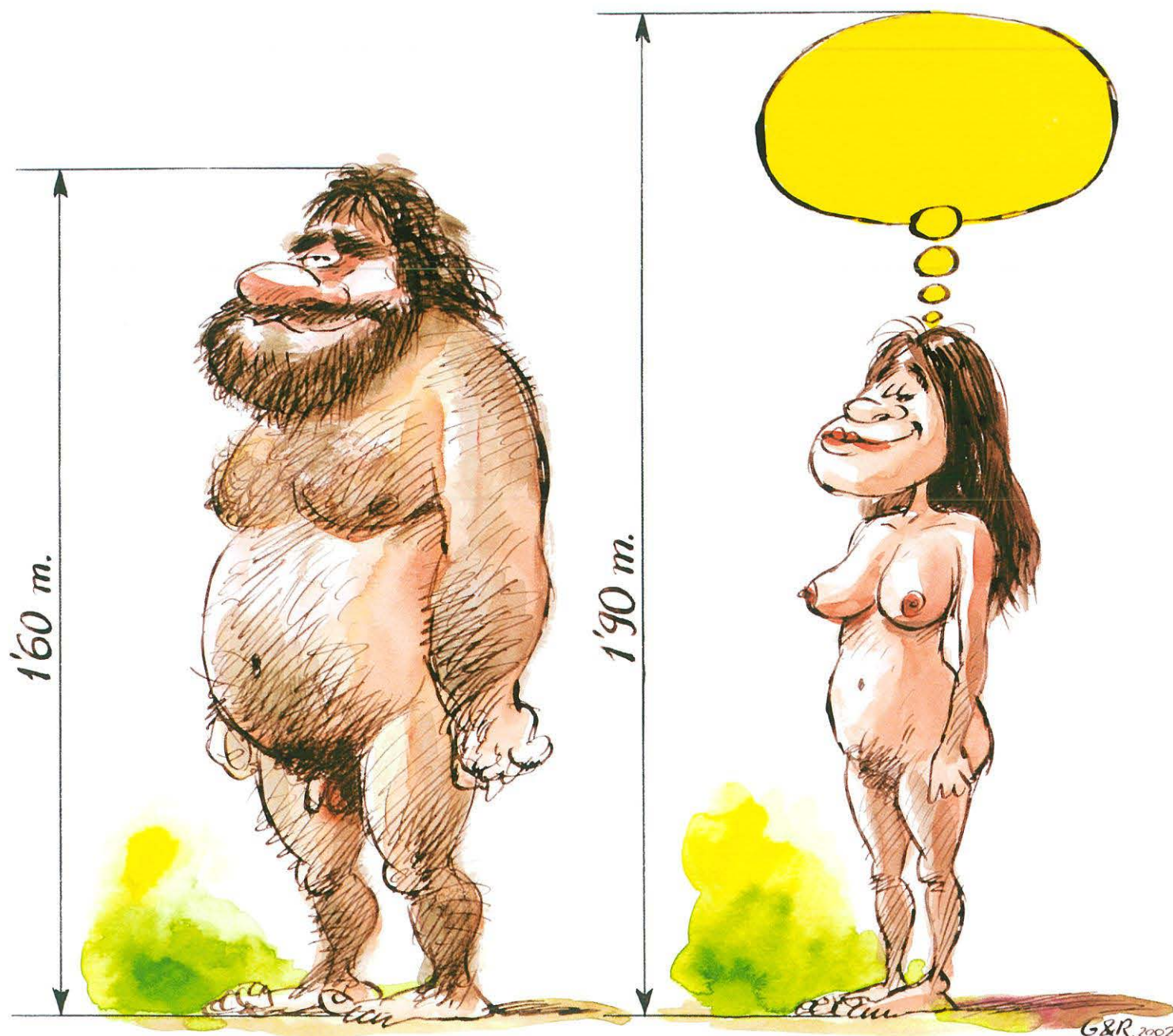
Desde entonces he trabajado en muchas cosas distintas siempre dentro de la Arqueología, que cada día es más diversa: algunas empresas constructoras me han contratado para que les haga informes sobre el valor arqueológico de los solares donde pretendían edificar. Estos informes se los exigía la Comunidad Autónoma porque la zona

en la que se ubicaban los solares podía contener restos arqueológicos. En una ocasión me contrató una empresa de evaluación de impacto ambiental para que les hiciera un estudio sobre los posibles yacimientos arqueológicos que el trazado de una nueva carretera podía destruir. En otra, formé parte de un equipo para trabajar en la adecuación de un yacimiento de época ibérica que iba a ser abierto al público. Pero nunca he olvidado mi verdadera vocación: la investigación sobre la más remota edad de las piedras talladas.

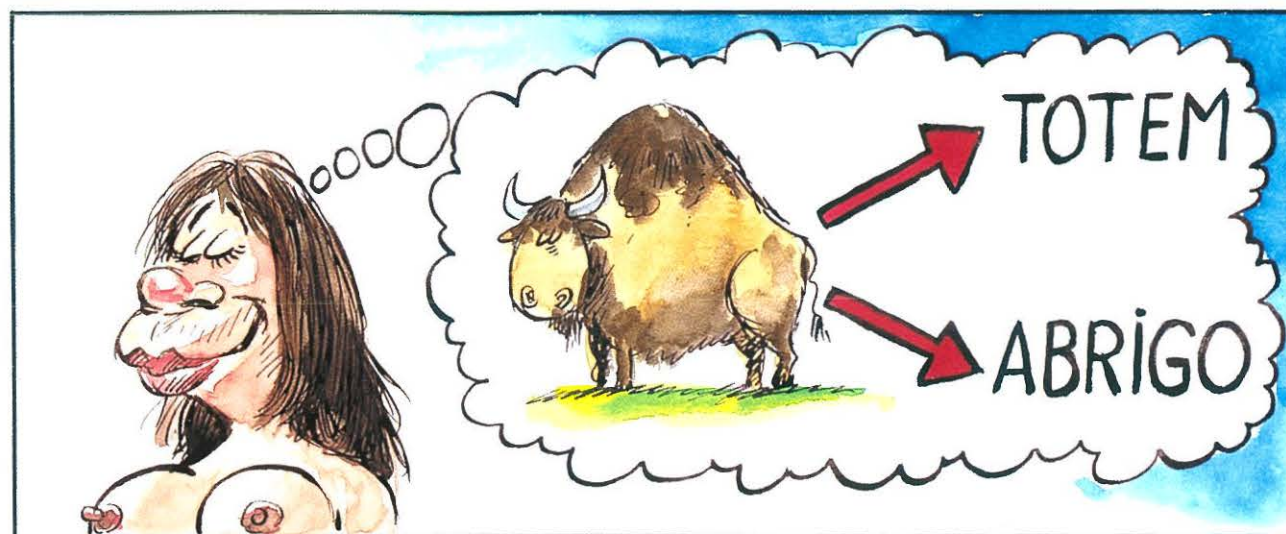
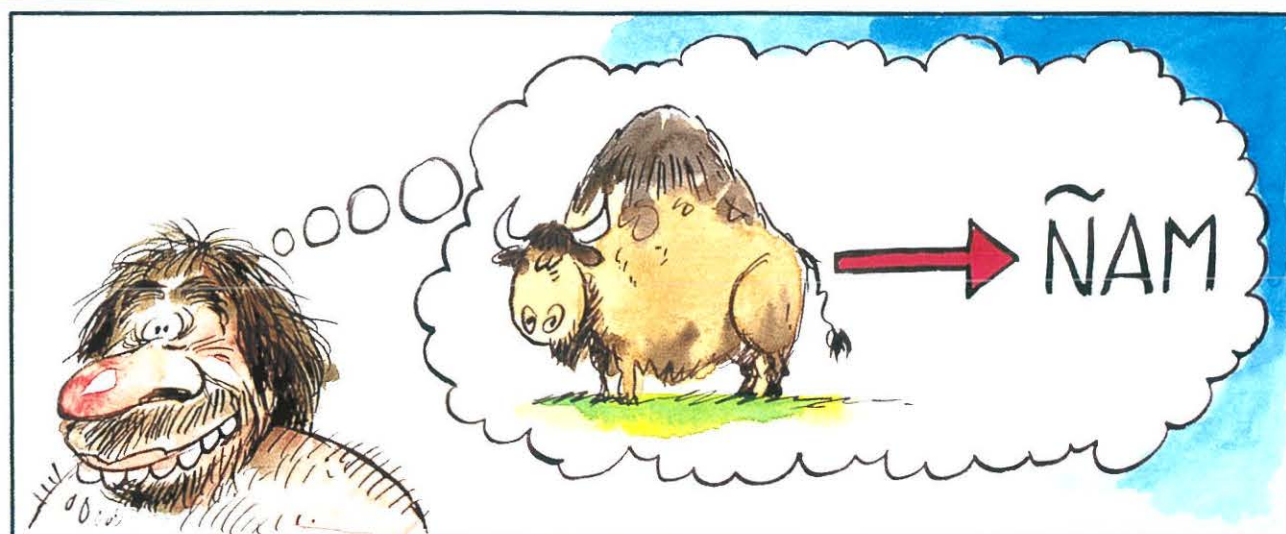
Por eso ahora estoy realmente contenta: una agencia turística se ha puesto en contacto conmigo porque hay dos antropólogas extranjeras que necesitan una guía especializada en yacimientos del más antiguo Paleolítico. Quieren que las acompañe durante una semana y las ilustre sobre los principales sitios españoles en los que se han hallado restos. Se llaman Irina Teneisville y Tamara Podgorny y lo único que me admira es que con esos nombres hablen castellano; pero lo hacen. Esta misma tarde llegarán al aeropuerto procedentes de Buenos Aires, y comenzará mi trabajo: iré a buscarlas, las llevaré al hotel y por el camino les contaré lo que pretendo hacer. Ojalá les guste. Y ellas a mí también, claro.

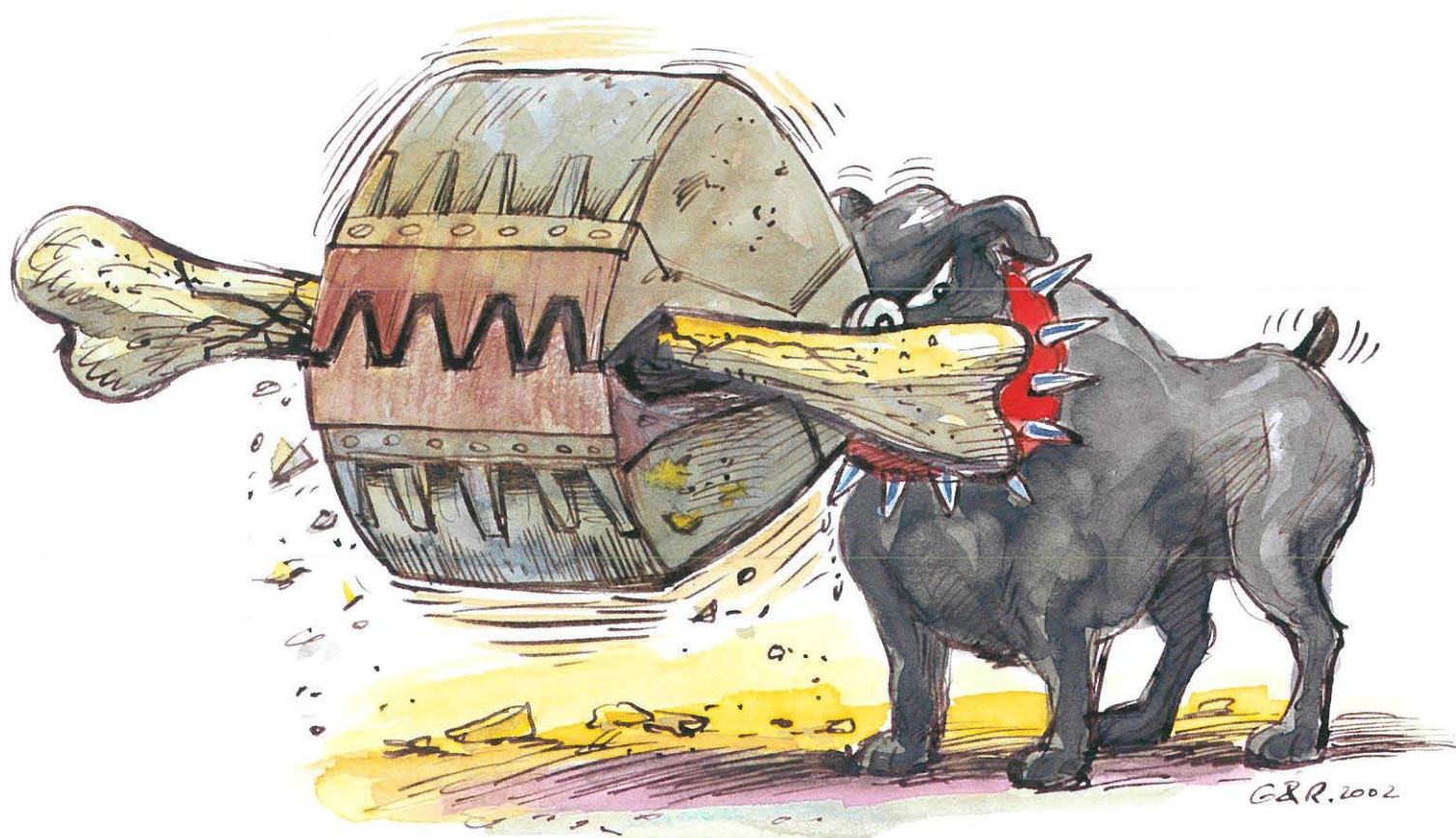
Horrible primer problema: una hora antes de salir hacia el aeropuerto compruebo que mi coche no arranca. No me extraña nada por lo viejo que es y lo vapuleado que lo tengo, pero me enfado con él casi para siempre. Lo único que se me ocurre es llamar a mi amigo Joaquín y pedirle el suyo. Joaquín estudió conmigo, es también arqueólogo y ahora está haciendo su tesis doctoral con una beca de la Universidad. Cuando le cuento lo que me pasa, mis planes dan un giro inesperado: Joaquín me deja su coche y su persona, ya que quiere venir con nosotras, ser nuestro chófer y mi ayudante. Lo acepto porque no veo otro remedio y porque se está especializando en historia de la investigación del Paleolítico y podrá contarles muchos detalles a las extranjeras; acepto también pagarle gasolina y gastos de hotel y comida, nada más. Veinte minutos después me recoge en la puerta de mi casa.

... pero con un gran dimorfismo sexual,
o sea, un tamaño muy distinto entre los
machos y las hembras, como ocurre ahora
con los orangutanes y los gorilas. Esto...



DIMORFISMO SEXUAL





puerta del propio Museo y antes de que yo pueda abrir la boca, han parado un taxi. Son poderosas.

Le indico al taxista, que es una mujer, por dónde quiero que vaya, aprovechando para que mis argentinas vean algo del Madrid histórico, aunque sea por las ventanillas. Pero no tengo el menor éxito, porque durante el camino, ellas se dedican a preguntarle a la taxista todo tipo de cuestiones sobre el papel de las mujeres en el gremio del taxi de Madrid. Me desentiendo un poco y, cuando ya estamos cerca de nuestro destino, escucho que han cambiado de tema y que están hablando de restaurantes. Le están pidiendo que nos deje en la puerta de uno asturiano de la calle Tabernillas, del que la taxista debe ser socia porque no deja de recomendarles todas las delicias que pueden pedir.

Desde el restaurante le dejo un mensaje a Joaquín, que llega cuando ya estamos casi al final de la comida, incluida la sidra escanciada una y otra vez porque a ellas les encanta. Tamara e Irina le piden perdón; no han podido esperarle porque su hambre era enorme, pero ahora están dispuestas a tomar dos postres y dos cafés tranquilamente mientras él come sin prisas. Ningún problema de precios, ellas invitan.

Cuando por fin logro que salgamos del restaurante son casi las cinco de la tarde y ha salido un poquito el sol. Entramos en el Museo, sin comprar entradas porque también es gratis y nos encontramos con una exposición temporal titulada “Madrid antes de ser corte”.

—Pero nosotras queremos ver los materiales de mucho antes, mucho antes de ser corte —le explica Irina a la recepcionista, una vez que le hemos aclarado qué es eso de ser

corte. ¡Ah, Europa...!, ha murmurado Tamara cuando hemos pronunciado palabras como monarquía.

Nos aclaran que podemos ver los almacenes visitables, que tienen mucho material antiguo. Así lo hacemos y nos encontramos con una gran sala. La abundancia de restos de elefantes nos abruma.

—Mirad, aquí están los de Orcasitas que vimos en Alcalá —les aviso—, y aquí un buen montón de defensas de las dos especies, ¿veis?, la de colmillos rectos, de clima más cálido y más antigua, y la de colmillos curvos, con doble curvatura y hacia arriba y adentro... que son más modernos y de clima frío.

Tamara e Irina se leen uno por uno todos los carteles explicativos y conforme más leen más sorprendidas parecen estar; de hecho, han sacado sus cuadernos para tomar notas pero no están escribiendo nada.

—Pero, ¿dónde está la gente? —nos pregunta por fin Irina. Observo a mi alrededor buscando la gente y sólo veo a dos o tres visitantes. Irina me sacude el brazo, dándose cuenta de mi confusión, y explica:

—No esta gente, sino la otra, la antigua. Mirad: aquí se habla de geología, de industria lítica y de fauna. Y en todos los carteles igual. Pero no hay ningún apartado que hable de la gente.

—Y a nosotras lo que nos importa son las personas —añade Tamara, como si Joaquín y yo no lo supiéramos—. Bueno, a nosotras y supongo que a todo el mundo que visita un Museo de Historia o de Arqueología. Todo el mundo sabe que la Arqueología es el estudio de las culturas desaparecidas por medio de sus restos. Bueno, aquí están los restos, ¿dónde están las culturas?

Joaquín observa mi cara de exasperación y explica paciente:

—No se sabe nada más que esto: tallaron piedras, vivieron en esos climas, con esas faunas y en esas formaciones geológicas. Además, la mayoría de las veces los carteles de los museos están redactados hace tiempo, o por personas con mentalidades antiguas, o por lo menos clásicas... Y es importante que recordéis que durante casi todo el siglo XX la Arqueología ha sido una ciencia descriptiva y positivista,

además de evolucionista unilineal y objetual. Sólo en los últimos años comienzan a abrirse nuevas ventanas, o sea, a utilizarse nuevos sistemas de contrastación de hipótesis, hipótesis que a su vez también son nuevas.

—Bueno, perdona, Joaquín —le dice Tamara, tal vez asustada por su entonación—, pero es que precisamente este discurso expositivo nos ha extrañado porque esto es un Museo nuevo... ¿no?

—Muy nuevo —responde él—, tanto que incluso estos almacenes son provisionales. Creo que el Ayuntamiento de Madrid ha aprobado recientemente un presupuesto muy ambicioso para darle la vuelta a todo esto...

Pero Joaquín y yo nos miramos, de nuevo algo consternados. No hay más remedio que reconocer que el para nuestros ojos maravilloso Paleolítico antiguo de Madrid ha recibido bastante mal trato desde que apareció, hace un siglo y medio. Y que ni siquiera los museos más modernos parecen capaces de superar tal infortunio...

Cuando estamos saliendo del Museo escuchamos voces agudas, casi infantiles, e Irina se acerca a una ventana redonda, situada en una puerta.

—¡Aquí hay un colegio tallando piedras! —exclama entusiasmada.

—Sí, es verdad —explica Joaquín—. Me contaron que hay en este Museo una sala de tecnología experimental en donde se enseña al alumnado de primaria y secundaria a tallar las piedras, a hacer cerámicas, cestería, objetos de adorno... en fin, reproducciones arqueológicas.

—¡Cómo se lo están pasando! —dice Irina, que no es capaz de dejar de mirar por la ventana redonda. Pero la puerta se abre y una joven con guantes bastante sucios nos invita a pasar. La sala no es muy grande y me da algo de apuro que entremos tanta gente, así es que me quedo en segundo término mientras Irina y Tamara observan de cerca los percutores, los nódulos de sílex, los protectores de manos y los esfuerzos de las criaturas, que deben tener unos diez años de media, para sacar una lasca de enormes piedras blancas.

La emoción y las alabanzas de Irina son tan grandes, que acaban regalándole un pequeño cesto cónico que imita a los

encontrados en el Neolítico de la Cueva de los Murciélagos, en Andalucía. Tanto ella como Tamara salen de aquella sala transformadas...

—¿Veis? ¡Eso es gente! —nos dice Irina apretando mi brazo con fuerza—. Gente que está aprendiendo a comprender el pasado... al menos una parte del pasado. Siempre quise que en mi Museo existiera algo así, pero nunca supe cómo hacerlo... ¡Ah, si tuviera ahora 30 años! ¡Cuántas cosas por hacer, cuántas ideas maravillosas, cuánto invento!

Al salir del Museo compruebo que hay más cielo azul que nubes y que el sol aún está visible. Esta vez quien no lo duda soy yo y nos metemos en un taxi. Al taxista, ahora un hombre, le pido que nos lleve al cementerio de San Isidro, al otro lado del río Manzanares.

Durante el viaje nos reímos tanto que el taxista ha de esforzarse por comprender cómo es posible que de tan buen humor tengamos un destino tan triste. Para aliviarle, le digo:

—Mejor déjenos junto a los jardines de San Isidro, los que están al lado del cementerio.

Sentadas en un banco del parque, con Joaquín de pie detrás de nosotras, vemos ponerse el sol, o mejor, lo sentimos, a nuestras espaldas, iluminando de rosa y de rojo, porque aún quedan muchas nubes, los escarpes de la orilla izquierda del Manzanares, con el Palacio Real y las

cúpulas de las iglesias barrocas recortadas en el horizonte. A nuestro alrededor, por todos los lados, nos rodea una ciudad que, como tantas otras, se alimentó de sus propios tesoros para crecer. Irina encuentra en el suelo, y recoge, un pequeño fragmento de sílex oscuro y brillante, como el de los bifaces del Museo Arqueológico Nacional, lo mira y se lo entrega a Tamara:

—Toma, —le dice—. Guárdalo entre tus cosas imposibles. Seguro que nos recordará esta impresionante superposición de gentes, las de antes, las del principio, aquí debajo; y las de ahora, en estos edificios, por estas carreteras.

—Para que recordemos lo que hoy hemos conocido —dice Tamara mientras vuelve a colocar el trocito de sílex en el mismo sitio donde Irina lo recogió—, no necesitamos tener un sílex, sino ser de sílex...

Joaquín y yo la miramos sin entender. Pero Irina, que sin duda la conoce bien, no se inmuta y la deja que siga hablando:

—Duras y resistentes al tiempo y al espacio. Patinadas, fuertes, el número siete en la escala de dureza de las piedras, sólo capaces de ser rayadas por el topacio, por el corindón y por el diamante...

—¡Hummm...! —murmura Irina—, diamantes...

Y el sol se pone.